AMD, 75, 7, 15

SANTIAGO PEDRAZ
INLE
Ferraz Nº 11
MADRID

MD
FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Para Miguel Delibes,
de hermano a hermano,
a través del Mare
nostrum,

Vicente Rodríguez Casado

Quito, enero 1970

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

AÑO VI — Nº 1.798
Viernes, 9 de Enero
de 1970
Quito — Ecuador

el Tiempo

32 PAGINAS

DOS SECCIONES
VALOR UN SUCRE

"LA VERDAD OS HARA LIBRES"

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

IDIOMA Y ESTILO

Hernán Rodriguez Castelo

535

UN ESPAÑOL RICO Y SABROSO

El peligro de una columna como "Idioma y Estilo" y, en general, de todos los esfuerzos que se hacen por depurar el español de incorrecciones y vicios es poner temor en las gentes y llevarlas a empobrecimientos de su habla por miedo a equivocarse. Y esto es lo peor que le puede pasar, por supuesto a un escritor, pero también a cualquier persona: empobrecer su léxico, sus giros, sus expresiones, sus contrucciones, por miedo a ser incorrecto. Cualquier suerte de purismo medroso seca y esteriliza nuestro lenguaje.

Esta es la razón por la cual vamos a dedicar algunos artículos a un prosista contemporáneo rico, desenfadado, sabroso, libre como el viento que corretea por su meseta nativa.

Se llama Miguel Delibes, y lo conocí —en su obra, no personalmente— en España.

Cuando llegué a España presentí un hervor de relatistas para mí desconocidos, y como en nuestros vertiginosos tiempos no es cosa de ponerse a leer lo que le cae en la mano, opté por entrevistar a unos cuantos críticos de los más serios de España pidiéndoles la lista de las que ellos juzgaban las más importantes novelas españolas de postguerra.

Cuatro o cinco novelistas fueron infaltables de las listas: Cela, Zunzunegui, Matute, Laforet (siempre por "Nada", y por nada más), y Delibes. A los cuatro primeros, para gran consuelo mío, los había leído ya en el Ecuador. Pero de Delibes, ni una palabra. Nunca. (Lo que acaso le suceda a mi lector, también).

De Delibes tenía un antecedente. Un amigo, joven universitario y silencioso e incansable lector —silencioso: nunca hablaba y menos escribía de sus vastas e interminables lecturas—, me dijo: "¿Sabes a quién considero el más grande estilista actual de España?". Nombré yo a un par de gentes, con Cela a la cabeza, y él, silencioso: "A Delibes". Eso y las listas me empujaron hacia el vallisoletano Miguel Delibes.

Comencé por "Diario de un cazador", seguí con "Las ratas". Más tarde me leí cuanta página pude conseguir de Delibes.

Y di la razón a mi amigo el universitario. Y a una pregunta suya de si en el relato hispanoamericano conocía, como lengua, algo igual, hube de responderle que no, que tanta riqueza y tanto sabor como lengua, dada con tanta simplicidad, con tan asombrosa naturalidad no lo conocía por América, ni creía que pudiera darse. Eso procedía de una región donde los campesinos que viajan en los trenes, en tercera clase, comiéndose sus buenas rodajas de chorizo con candeal y empinando de tiempo en tiempo la bota o echándose al coleto un clarete, nos sorprenden de pronto, al hablar, porque es como si hablase la propia madre Teresa, o Sancho Panza y hasta Quevedo.

Hay en España cierta discusión —que no ha saltado, sin embargo, que yo sepa al impreso— sobre cuál sea la región española donde sa hable el mejor espapol (allí no se habla, y con razón, del más puro; del mejor, a secas). Burgos, Valladolid, Palencia, son los grandes favoritos, y hasta Madrid apunta al honor. Pero Delibes ha hecho mucho para inclinar la balanza a su tierra, Valladolid. Y vendremos a Delibes.

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

IDIOMA & ESTILO
Hernán Rodriguez Castelo
536

"VIEJAS HISTORIAS DE CASTILLA LA VIEJA"

De Delibes ha llegado a nuestras librerías lo último, sus "Viejas historias de Castilla la Vieja", y ello me ha dado ocasión para ocuparme de su estilo.

"Viejas historias de Castilla la Vieja" nos da la imagen de un pueblo castellano visto por alguien que se fue y que volvió.

"Cuando yo salí del pueblo, hace la friolera de cuarenta y ocho años, me topé con el Aniano, el Cosario, bajo el chopo del Elicio, frente al palomar de la tía Zenona, ya en el camino de Pozal de la Culebra.

Y el Aniano se vino a mí y me dijo: "¿Dónde va el estudiante?" Y yo le dije: "¡Qué sé yo! Lejos". "¿Por tiempo?" dijo él. Y yo le dije: "Ni lo sé". Y él me dijo con su servicial docilidad: "Voy a la capital. ¿Te se ofrece algo?" Y yo le dije: "Nada, gracias Aniano".

He aquí el comienzo de estas "Viejas historias" y, como sucede con cualquier buen estilista, basta un párrafo para dar con el estilo de Delibes.

Lo primero que sorprende es el tono de sencillez casera, familiar que logra Delibes. Para lograrlo el escritor no vacila es repetir "me dijo", "y yo le dije", "dijo él", "Y yo le dije", "y él me dijo" y "yo le dije". Puestos a buscar modos de evitar la repetición, es tan fácil: "repuso", "contesté", "insistió", "respondió" y cosas así. Pero muchas veces esas variaciones dejan la tramoya del escritor a la vista, y otras, las mejores, son como el traje de circunstancia. Delibes usa la repetición para lograr el sabor rústico. Esa desnudez que de modo único dominan los autores castellanos.

Pero el párrafo citado dista mucho de ser pobre y sonarnos a repetido. Aniano, el Cosario; el chopo de Elicio, el palomar de la tía Zenona; el camino de pozal de la Culebra —sin romper el tono sencillo— son, al fin y al cabo, nombres de lugares o gentes, y nada más— suenan y saben delicioso. "Chopo" y "pozal" de por sí son palabras con valo-

(Viene de la Pág. 8)

res de significante y, acaso merced a siglos de literatura castellana, cargadas de belleza.

Páginas adelante, otro párrafo —uno de tantos: todos son igualmente simples y hermosos a un tiempo:

"El Aniano y yo íbamos por el camino y yo le dije al Aniano: "¿Tienes buena hora? Y él miró para el sol, entrecerrando los ojos, y me dijo: "Aun no dio la media". Yo me irrité un poco: "Para llegar al coche no te fíes del sol" dije. Y él me dijo: "Si es por eso no te preocupes. Orestes sabe que voy y el coche no arranca sin el Aniano". Algo me pesaba dentro y dejé de hablar. Las alondras apeonaban entre los montones de estiércol, en la tierra del tío Tadeo, buscando los terrones más gruesos para encaramarse a ellos..."

A las observaciones hechas al párrafo anterior hay que añadir la propiedad de ese campesino "¿Tienes buena hora?", y el suave humor. Y, por supuesto, el rico vocabulario español que ocurre natural, espontáneo y fresco: "Apeonar" es palabra propísima que significa andar a pie aceleradamente y que está acuñada casi ex profeso para perdices y más volátiles como los que toca Delibes. Esa pintura, tan simple como exacta, nos deja a las puertas de las descripciones de Delibes, con las que seguiremos.

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

IDIOMA ESTILO

Hernán Rodríguez Castelo
537

DESCRIPCIONES DE DELIBES

Y quedábamos ante la primera descripción de Delibes en sus "Viejas historias".

"Y así que llegamos al atajo de la viuda, me volví y vi el llano y el camino polvoriento zigzagueando por él y, a la izquierda, los tres almendros del Olimpio, y detrás los rastrojos amarillos, el pueblo con la chata torre de la iglesia en medio y las casitas de adobe, como polluelos, en derredor. Eran cuatro casas mal contadas pero era un pueblo, y a mano derecha, según se mira, aún divisaba el chopo del Elicio y el palomar de la tía Zenona y el bando de palomas, muy nutrido, sobrevolando la última curva del camino. Tras el pueblo se iniciaban los tesos como moles de ceniza, y al pie del cerro Fortuna, como protegién-

(Pasa a la Pág. 15)

(Viene de la Pág. 6)

dole del matacabras, se alzaba el soto de los Encapuchados donde por San Vito, cuando era niño y Madre vivía, merendábamos los cangrejos que Padre sacaba del arroyo y una tortilla de escabeche".

Notas ya señaladas, constantes en el estilo de Delibes, también están presentes aquí. Vuelven los nombres casi mágicos de la tía Zenona y el Cerro Fortuna y los Encapuchados. Igual que las locuciones familiares al castellano y españolísimas: "Eran cuatro casas mal contadas". También da su sabor al conjunto ese modo, tan castellano también, de nombrar a los progenitores sin añadido alguno "padre", "madre".

Pero en este lugar del segundo pequeño artículo —o historia— de los diecisiete que hacen el libro hemos dado con la primera descripción de Delibes. Con mucho arte la descripción no está desgajada del conjunto, y casi sin sentir, tras un parlamento del Aniano y una reflexión del narrador, estamos ante ese paisaje que era acaso aquello que le "pesaba dentro y ya empezaba a comprender que ser de pueblo en Castilla era una cosa importante". Concluída la pintura, sin sentir también, estamos otra vez en evocaciones de pasado.

Ni antes ni después de la descripción hay punto aparte (ya sabemos que el punto seguido puede equivaler al punto y coma, y en casos hasta a la coma y que su uso es preferentemente artístico: véanse artículos de "Idioma y Estilo" relativos a la puntuación recogidos en "Tratado práctico de puntuación").

La descripción de Delibes, como todo su arte, es muy simple. Los rasgos que ha captado son fundamentales, sustantivos:

El llano
el camino zigzagueante por él
a la izquierda los tres almendros del Ponciano
a la derecha los tres almendros del Olimpio
los rastrojos amarillos
el pueblo
la chata torre de la iglesia
las casitas de adobe
a mano derecha el chopo del Elicio
y el palomar de la tía Zenona y
el bando de palomas
tesos como moles de ceniza
al pie del cerro fortuna el soto de los Encapuchados

Estos rasgos a menudo son dados del modo más simple: los cuatro primeros en sencilla enumeración son complementos directos de "vi".

Los rasgos del pueblo se enlazan formando un conjunto:

"y detrás de los rastrojos amarillos, el pueblo, con la chata torre de la iglesia en medio y las casitas de adobe, como polluelos, en derredor",

lo cual hace de la pintura del pueblo el conjunto abigarrado central del cuadro. Para subrayar aún más esta calidad de centro del cuadro que tiene el pueblo, amén de la comparación de los polluelos, el escritor insiste:

"Eran cuatro casas mal contadas, pero era un pueblo".

Dentro de la simplicidad ambiente el pueblo ha recibido el tratamiento que lo destaca.

Cierra el cuadro otro rasgo que también ha sido tratado de modo especial, yo diría tremendo:

"Tras el pueblo se iniciaban los tesos como moles de ceniza".

"como polluelos" — "como moles de ceniza": el contraste entre las dos comparaciones no puede ser más violento, y del choque de las dos nace la sensación de cierta pequeñez, como desvalida, del pueblo que tiene tras de sí el paisaje heroico.

Para completar la apreciación de la belleza de esta descripción hay que reparar en la riqueza y propiedad del vocabulario —atajo, rastrojos, chata torre, chopo, bando de palomas, sobrevolando, tesos, matacabras, soto, merendábamos escabeche—.

Y, por fin, acaso se debió haber comenzado por aquí, en el color. Color sobrio, de dos toques contrastados, expresos, y algún otro sugerido: "rastrojos AMARILLOS" y "tesos como moles de CENIZA". Amarillo y ceniza: dos colores castellanos como hemos visto de Gutiérrez Solana a Joaquín Tapia. Y, sugeridos, los toques vegetales de almendros y chopos, y el adobe del pueblo.

La pregunta que siempre nos asalta al acabar de leer a Delibes es cómo se pudo lograr tanta belleza de modo tan simple y natural. **Ese es el secreto de Delibes.**

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

IDIOMA Y ESTILO

Hernán Rodríguez Castelo

538

Y UN HUMOR CAMPECHANO

Otro ingrediente que logra el delicioso sabor de estas "Viejas historias de Castilla la Vieja" es el humor. El cura, buenazo y bonachón, y su feligresía, todavía más simple, nos hacen sonreír con sus cosas, pintorescas y humanas.

"Don Justo del Espíritu Santo, el cura párroco, solía decir desde el púlpito que los abejarucos eran hermosos como los Arcángeles, o que los Arcángeles eran hermosos como los abejarucos, según le viniera al pelo una cosa o la otra, lo que no quita para que el Antonio, por distraer la inercia de la veda, abatiese uno un día con la carabina de diez milímetros".

El humor de Delibes no estriba en chistes brillantes; apenas siquiera en chistes, considerados como unidades más o menos desgajables del conjunto relatístico. Se trata más bien de un ver las cosas con esa ironía campechana tan propia de los campos de Castilla. Es el humor de la situación casi insólita y contada con la mayor seriedad y frescura; es el humor del dicho original, casi desconcertante. Véanse estos rasgos en este pasaje de humor colindante con lo negro:

"Silos, el pastor, era más perjudicial para la caza que el mismo raposo, según decía el Antonio. Silos, el pastor, buscaba los nidos de perdiz con afán, y por las noches se llegaba con los huevos a la cantina de Hernando Hernando y se merendaba una tortilla. Una vez descubrió en la cárcava un nido con doce huevos y ese día bajó al pueblo más locuaz que de costumbre. El Antonio se enteró y se llegó a la cantina y, sin más, agarró la tortilla y la tiró al aire y le voceó al pastos: "Anda, cázala al vuelo. Así es cotiró al aire y le voceó al pastor: granuja". El Silos se quedó, al

(Pasa a la Pág. 15)

pronto, como paralizado, pero en seguida se rehizo y le dijo al Antonio: "Lo que te cabrea es que te gané por la mano, pero el día que mates tú una hembra te la vas a comer con plumas". Después se puso a cuatro patas y engulló la tortilla sin tocarla con la mano siquiera, como los perros. Cuando el Antonio se fue, el Silos se echó al coleto tres tragos de clarete de Marchamalo y sentó cátedra sobre lo justo y lo injusto y decía: "Si él mata una hembra de perdiz, yo no puedo protestar aunque me deja sin huevos, pero si yo me como los huevos, él protesta porque le dejo sin perdices. "Qué clase de justicia es ésta?"

Este humor que nunca llega al chiste sazona hasta los pasajes tremendos, liberándoles de cualquier tremendismo. Como aquí:

"Una vez el nublado sorprendió a Padre de regreso de Pozal de la Culebra, donde había ido, en la mula ciga, por pernalas para el trillo. Y como dicen que la piel de los animales atrae las exhalaciones, todos en casa, empezando por Madre, andábamos intranquilos. Unicamente la tía Marcelina parecía conservar la serenidad y así, como si la cosa no fuese con ella, prendió la vela a Santa Bárbara e inició el trisagio sin otras explicaciones. Pero, de pronto, chascó, muy próximo, el trallazo del rayo y no sé si por la trepidación o qué, la vela cayó de la repisa y se apagó. La tía Marcelina se llevó las manos a los ojos, después se santiguó y dijo, pálida coco una difunta: "Al Isidoro le ha matado el rayo en el alcor; ac[illegible] de verlo". El Isidoro era mi padre, y Madre se puso loca, y como en esos casos, según es sabido, lo mejor son los golpes, entre las Mellizas y yo empezamos a propinarle sopapos sin duelo. De repente, en medio del barullo, se presentó Padre, el pelo chamuscado, los ojos atónitos, el collarón de la mula en una mano y el saco de pernalas en la otra. Las piernas le temblaban como ramas verdes y sólo dijo. "Ni sé si estoy muerto o vivo", y se sentó pesadamente sobre el banco del zaguán".

En el pasaje, delicioso, hay algo de escena tumultuosa, y la gracia de los "sopapos sin duelo" en virtud de que aquello "es sabido".

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

IDIOMA & ESTILO

Hernán Rodriguez Castelo

539

Y LAS HISTORIAS

Completamos estos breves artículos de análisis del estilo de Delibes — hecho ese análisis sobre sus "Viejas Historias de Castilla la Vieja", recientemente llegadas a librerías quiteñas— diciendo una palabra sobre los cuadros.

Porque cada historia de estas diecisiete es un cuadro, completo en sí, pero abierto hacia el siguiente, y unido a todos los demás como pudiera estarlo un color con otros en el mismo lienzo.

La historia que hace la décima, "Las cangrejadas de San Vito", por ejemplo, nos da con todo detalle, como un cuadro completo una costumbre y quehacer de esas gentes castellanas, que "por San Vito, según es tradición, las familias del pueblos nos desperdigábamos por el arroyo a pescar cangrejos y al atardecer nos reuníamos en los Encapuchados a merend.r". Están allí preparativos, la p.sca y el anochecer. "Al anochecer, en el soto, cada cual los cocinaba en hogueras (a los cangrejos, se entiende) a su modo y los chicos hacíamos silbatos con las patas más gruesas debidame.te ahuecadas".

Esta distribución en cuadros permite a Delibes por una parte construir sabrosamente sus unidades, y por otra dar al conjunto ese ritmo tan peculiar de escritos hechos de pequeños capítulos que encierran cada uno su emoción, su belleza, su ambiente, su interés.

Sin vacilar coloqué "Viejas historias de Castilla la Vieja" en mi biblioteca junto a "La ruta de don Quijote" de Azorín, "El libro de Sigüenza" de Miró y "Platero y yo" de Juan Ramón Jiménez. Son cuatro estilos, pero son el libro hecho de hermosas unidades que van construyendo un conjunto de ilusión y suave nostalgia en el lector. Y son cuatro estupendos estilos, inconfundibles e inimitables.

Leer atentamente uno de estos cuadros, digamos "La Sisinia, mártir de la pureza', nos deja otra vez ante la simplicidad de Delibes. Esta vez simplicidad de construcción. El episodio se va narrando como podría narrárselo en la amplia cocina familiar, cualquier noche, mientras asusta el "nublado". Las mismas transiciones son así de familiares y domésticas: "Y con estas cosas...", "y lo cierto es que...", "hasta que una vez..."

Pero una vez más esa simplicidad se nos vuelve admirable, al constatar

(PASA A LA PAGINA 19)

(VIENE DE LA PAGINA 8)

que sin sentir y con todo sabor hemos llegado al final, inmersos en el ambiente castellano y sonreídos por la campechana ironía.

Por fin, para acabar en alguna parte estudio que podría irse de largo por entre otras obras del escritor castellano, la más aguda nota de estas "Historias' es el misterio. Más allá de cualesquiera procedimientos estilísticos, o acaso animándolos, está el misterioso; el sentir que estos relatos brotan muy de la entraña de un pueblo. Aquí palpitante esa vieja y extraña raíz en la prosa de Delibes:

"Cada verano, los nublados se cernían sobre la llanura y mientras el cielo y los campos se apagaban lo mismo que si llegara la noche, los cerros resplandecían a lo lejos como si fueran de plata. Aún recuerdo el ulular del viento en el soto, su rumor solemne y deslado como un mal presagio que inducía a las viejas a persignarse y exclamar: "Jesús, alguien se ha ahorcado".

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Mi dirección:

[redacted] Sección Cultural

Diario "El Tiempo"

Quito

MD

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES